

DIA TERCERO.

SANTA CUNEGUNDIS, EMPERATRIZ, VIUDA Y VÍRGEN.

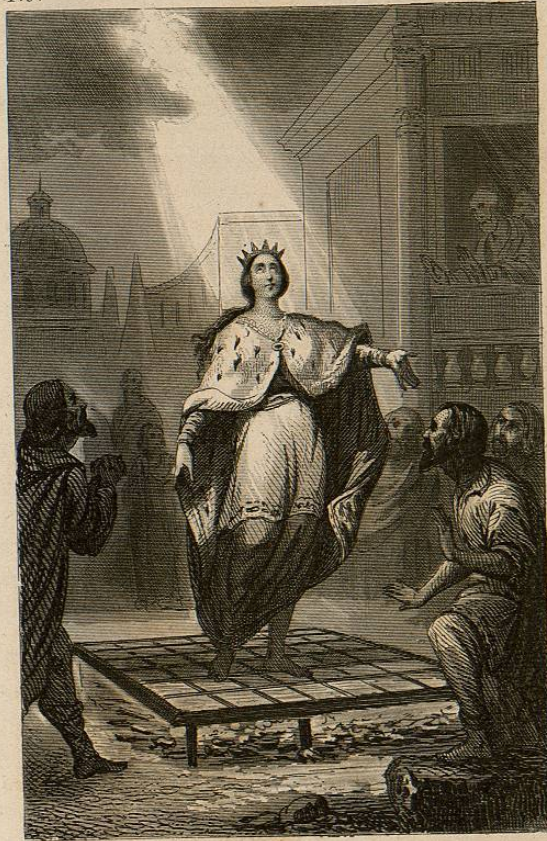
Santa Cunegundis, hija de Sifrido ó Sigefrido, señor palatino del Rhin, primer conde de Luxemburgo, y de Heswigis, señora de una de las mayores casas de Alemania, salió á la luz del mundo hácia el fin del décimo siglo, y correspondió su educacion á lo alto de su nacimiento, y á la piedad de sus padres. Casi desde la cuna comenzaron á brillar las bellas prendas de que el cielo la habia dotado; sirviendo su rara hermosura y la vivacidad de su ingenio de mayor resplandor á su singular modestia. Mamó con la leche una ternisima devocion á la santísima Virgen, y con esta devocion se la pegó aquel ardiente amor que conservó toda la vida á la castidad.

El aplauso universal y la general estimacion que se granjearon las prendas de Cunegundis, encendieron la inclinacion y espolearon las diligencias de los mayores señores para pretenderla. Fué por fin otorgada á Enrique, duque de Baviera, quien, despues de muerto el emperador Oton III, fué electo y proclamado rey de los Romanos, y coronado en Maguncia el dia 6 de junio del año 1002; y dos meses despues santa Cunegundis fué coronada reina en Paderborna, cuyas iglesias enriqueció liberalmente con preciosísimos dones.

Habian nacido la una para la otra aquellas dos grandes almas; y siendo el matrimonio tan igual, no podia dejar de ser el mas feliz. Raras veces se ha ofrecido á los ojos y á la veneracion del mundo mas heroica en este estado. Prevenidos los dos castos es-

T. 3.

P. 54.

S^{TA} CUNEGUNDIS, VIUDA

Y VIRGEN.

posos con aquellas gracias especiales que están destinadas para hacer los mayores santos, convinieron reciprocamente el primer día de la boda en guardar perpetua castidad, consagrando á Dios su pureza. Encantó al cielo una virtud tan rara y tan heroica. Estimulada por su parte la liberalidad del Señor, derramó á manos llenas los mas singulares favores sobre aquellas almas privilegiadas. Son fáciles de comprender los maravillosos progresos que harian desde entonces en el camino de la perfeccion, y cuál seria su corte reinando tales principes.

Resuelto el emperador Enrique á pasar á Roma para recibir la corona imperial de mano del papa Benedicto VIII, quiso que le acompañase en este viaje su esposa Cunegundis, para que ella tambien recibiese de la misma mano la corona de emperatriz. No hay voces para expresar los grandes ejemplos de virtud que iban esparciendo por todas partes estos dos insignes dechados de la perfeccion cristiana.

Almas tan puras y tan heroicamente superiores á las miserias de la condicion humana, claro está que solo habian de emplear el amor conyugal en excitarse reciprocamente á la piedad, y al ejercicio de buenas obras correspondientes á su estado. Cunegundis era la madre de los pobres; y como nunca habia dado entrada á aquellas vanas diversiones, ni á aquella perpetua cadena de frivolos pasatiempos que constituyen todá la ocupacion de los palaciegos y cortesanos, dedicaba enteramente el tiempo al ejercicio de las obras de misericordia.

Muchos años habian pasado Enrique y Cunegundis en aquella perfecta union que forma la caridad, que estrecha la conformidad de dictámenes y de inclinacion, que perfecciona la virtud. El espíritu de Dios, que igualmente los animaba, hacia en uno y en otro iguales impresiones; era una misma la inclinacion á

todo lo bueno; era una misma la aversion á todo lo malo; era uno mismo el zelo, uno mismo el gusto que tomaban á todas las obras de devocion, cuando el enemigo comun de la salvacion del género humano, que no podia sufrir tan rara y tan heroica virtud en medio de una corte, movió todas sus máquinas para derribarla, ó á lo menos para oscurecerla.

Atrevióse el espíritu de la maledicencia y la calumnia á la fidelidad y á la pureza de la santa emperatriz, y halló resquicio para introducir en el pecho del santo emperador la aprension ó la sospecha; porque permitió el cielo que se dejase preocupar, para acrisolar mas la virtud de Cunegundis. El anhelo con que la santa deseaba humillaciones, la hizo aceptar al pronto con alegría la que le proporcionaba tan negra calumnia. Ya su silencio y su resignacion confirmaban al parecer los recelos, cuando la representaron la obligacion en que estaba de exonerarse del escándalo de los pueblos á quienes debia el ejemplo de una vida irreprehensible. Llena de segura confianza en aquel que á un mismo tiempo era protector y testigo de su virginidad, ofreció justificarse sometiéndose á la prueba del fuego, autorizada entonces por las leyes y costumbres del pais, para demostrar su inocencia.

Aquel gran Dios, que solo habia permitido fuese expuesta su fidelísima sierva á tan sensible prueba para purificar su virtud, y para hacer público el raro ejemplo de virginidad que tenia oculto la heroica virtud de los dos santos esposos, declaró la inocencia de la emperatriz con un milagro. Anduvo Cunegundis á piés descalzos por barras encendidas sin recibir lesion alguna. Conoció el mundo el mérito de su pureza; y el emperador, condenando su nimia credulidad, no perdonó á medio ni á diligencia para reparar la injuria que habia hecho á su castísima esposa ó la facilidad de su genio, ó la excesiva delicadeza de su

pundonor. Desde entonces se estrechó mas el casto nudo que dulcemente los unia. Convinieron ambos en edificar á nombre y expensas comunes la catedral de Bamberg con magnificencia verdaderamente imperial. La emperatriz por si sola fué fundadora del célebre monasterio de benedictinos, que, con el nombre de san Miguel, fué adorno y ejemplo de la misma ciudad; y poco tiempo despues fundó alli mismo otro segundo con la advocacion de san Estévan; siendo muy contadas las ciudades de Alemania donde no dejase religiosos monumentos de su singular piedad.

Acometióla una enfermedad peligrosa, y luego que salió de ella, en accion de gracias fundó otro tercer monasterio de monjas benedictinas, con el titulo de Santa Cruz, dotándole con una magnificencia digna de tan gran princesa.

Sucedió la muerte del emperador el año de 1024, y en ella sintió la santa emperatriz el mas vivo y mas penetrante dolor; tanto, que hubo menester toda su virtud para no rendirse á la fuerza del sentimiento. Libre ya de cuanto podia aprisionar su corazon en la tierra, solo anheló por el retiro para dedicar todo su espíritu al cielo.

El mismo dia en que se celebraba el cabo de año de la muerte de su bienaventurado esposo, convocó gran número de prelados para celebrar la dedicacion de la iglesia que habia edificado á sus imperiales expensas en su muy amado monasterio de Kaffungen. Asistió á la ceremonia adornada de ostentosas galas, y revestida de sus insignias imperiales. Concluido el evangelio de la misa, se acercó al altar mayor, y ofreció un pedazo de *lignum crucis* primorosamente engastado en un riquísimo relicario; despojóse despues de la púrpura, y se vistió un hábito de religiosa, de color morado, que ella misma habia cosido por sus manos, y habia hecho que se le bendijesen los obispos. Cor-

tóse los cabellos, que se guardaron en el monasterio como preciosa reliquia; echóla el velo sobre la cabeza el obispo de Paderborna, y entrególa un anillo en prendas de su desposorio con el Esposo celestial. Acabada la ceremonia de la profesion religiosa, aquella purísima heroína, á vista de toda la grandeza de la corte, y de inmenso gentío, que se deshacia en lágrimas, entró con despejo en el monasterio, donde pasó encerrada los quince postreros años de su vida, entregándose únicamente al ejercicio de las mas sublimes y mas heróicas virtudes.

Vivió allí sin que nada la distinguiese nunca de las demás religiosas, sumisa á todas sus hermanas, mirándolas á todas como si fuesen sus superiores. No parecia posible humildad mas profunda, ni mas sincera; obediencia mas perfecta, ni mas sencilla. Aunque las religiosas estaban igualmente confundidas que mortificadas al ver á una princesa tan grande dedicada con tanto gusto á los oficios mas penosos de la religion, era preciso condescender con las ansias instancias de su humildísimo genio, y darla licencia para que no se emplease en otros.

Las horas que no la ocupaban otras obligaciones mas esenciales, ya se sabia que todas se habian de dar á la oracion, ó á la asistencia de las enfermas. Su admirable dulzura, su serenidad inalterable, su devocion y su modestia avivaban el fervor en todas las religiosas. Era extrema su mortificacion, arrimándose á la raya de excesiva, y vivia al parecer por milagro. Al fin, la naturaleza se dió por entendida; y fué necesario ceder á la suma debilidad á que la redujeron sus rigurosas penitencias y sus continuas vigiliass. Recibió los postreros sacramentos de la Iglesia con aquella tierna devocion, y con aquellos consuelos interiores que tiene Jesucristo reservados como de justicia para sus dignas esposas. Luego que se reconoció y se

divulgó el peligro de perder aquel inestimable tesoro, no solo en todo el monasterio, sino en toda la ciudad de Casel, no se oian mas que suspiros, sollozos, lágrimas y rogativas al cielo por la salud de la santa; pero era ya llegado el tiempo de que fuese á recibir el premio de sus heróicas virtudes, y á tomar posesion del elevado grado de gloria donde son colocadas las santas vírgenes. Pocos momentos antes de espirar, reparó que andaban las monjas disponiendo su rico paño negro bordado de oro, para adornar el féretro donde habia de exponerse su cadáver. Afligióse tanto de que despues de muerta quisiesen tratar como emperatriz á la que habia vivido y estaba para morir como pobre religiosa, que inmutado repentinamente su apacibilísimo semblante, no se serenó hasta que la dieron palabra de que seria enterrada sin la menor distincion como todas las demás. Murió el dia tres de marzo del año 1040; y conducido su santo cuerpo á Bamberg, la honró Dios con la gloria de los milagros despues de muerta, como lo habia hecho cuando viva. Ciento y sesenta años despues, conviene á saber el de 1200, la puso en el catálogo de los santos, con la solemnidad acostumbrada, el papa Inocencio III.

La misa del dia es de la dominica precedente, y la oracion que se halla en las Actas antiguas de la vida de santa Cunegundis, es como sigue.

Deus, qui inter cetera mirabilia opera tua, sanctam Cunegundam virginem in omni statu præcellenti virtutum decore redimitam, in tantum sublimasti, ut in matrimonio florem virginæ castitatis non amitteret, et in viduitate habitu religionis assumpto, per

O Dios, que entre las demás maravillas de tu poder, hiciste tan sobresaliente en todo género de virtudes y en todo género de estados, á tu sierva la santa vírgen Cunegundis, que aun en el matrimonio no perdió la hermosa flor de la virginitad, y en la viudez, tomando

sanctimoniam vitæ nobis exemplar totius sanctitatis reducere: concede propitius, ut quam dignè laudare cupimus, suis intercedentibus meritis, ad imitandum vitæ ejus exemplam pro nostra infirmitate roboreremur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

el hábito de religiosa, nos fué á todos brillante ejemplar de toda perfeccion por la santidad de su vida; concédenos por sus merecimientos, que nos alentemos segun nuestra flaqueza á imitar los asombrosos ejemplos de aquella en cuyas dignas alabanzas deseamos emplearnos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios, capítulo 7.

Fratres: Volo omnes vos esse sicut meipsum: sed unusquisque proprium donum habet ex Deo: alius quidem sic, alius vero sic. Dico autem non nuptis, et viduis: bonum est illis si sic permaneant sicut et ego. Quod si non se continent, nubant. Melius est enim nubere, quam uri. Iis autem, qui matrimonio juncti sunt, præcipio non ego, sed Dominus, uxorem à viro non discedere: quod si discesserit, manere innuptam, aut viro suo reconciliari. Et vir uxorem non dimittat.

Hermanos: Deseo que todos vosotros seais como yo: pero cada uno recibe de Dios su don particular; uno de un modo, y otro de otro. A las solteras y á las viudas les digo que les está bien permanecer así, como yo. Pero si no se contienen, cásense. Porque mejor es casarse, que abrasarse. Ahora: á los casados mando, no yo, sino el Señor, que la mujer no se separe del varon; pero si se separare, que permanezca sin casarse, ó se reúna con su marido; y que el marido tampoco deje á su mujer.

NOTA.

« Al año y medio que san Pablo estuvo en Corinto, ya logró ver convertida á la fe toda aquella populosa ciudad. Desde ella pasó á la de Éfeso; y entendiendo allí las diferencias y divisiones que comenzaban á suscitarse entre los fieles, se vió obligado á reprenderlos en esta primera carta que les escribió el año 56 de Jesucristo. »

REFLEXIONES.

Es la virginidad un don preciosísimo del cielo. ¡O cuántos ignoran lo que vale este don, y qué pocos son los que comprenden sus preciosidades! Siempre fué de gran veneracion en la Iglesia el estado de los virgenes. ¿Por ventura hay otro mas perfecto ni mas santo? Aquel eminente grado de gloria que se les destina en el cielo; aquel seguir mas de cerca al Cordero immaculado; aquel augusto titulo de esposas de Jesucristo, singularmente propio del estado de virgen, hacen formar una alta idea de este privilegiadisimo estado á quien tiene el corazon puro y el espíritu cristiano. Pero el hombre animal no percibe lo que es del espíritu de Dios (1). No será mucho decir que la herencia, que la legítima de estas almas tan especialmente distinguidas, es el gustar las cosas espirituales mas sublimes, el experimentar las delicias mas puras, el penetrar los misterios mas reservados. ¡Qué tranquilidad mas dulce que la suya! ¡qué cielo mas sereno, qué calma mas sosegada! Es muy dulce, es muy feliz una vida pura para quien solo estudia en dar gusto al Esposo celestial. *Sed non omnes capiunt istud* (2): pero no es para todos el comprender esta dicha. ¡Mas, ay de aquellos que por su mala correspondencia se han hecho indignos de comprenderla! La virginidad, siendo estado mas perfecto, es de puro consejo: pero la pureza, siendo necesaria á todo cristiano, es de riguroso precepto en todos los estados. El apóstol san Pablo deseaba que todos fuesen castos como él: *Volo omnes vos esse sicut meipsum*. Mas para eso es menester castigar su cuerpo, sujetarle, reducirle á servidumbre, como él le reducía. No se conserva ésta hermosa flor,

(1) Cor. 1. — (2) Matth. 19.

sino cercada de espinas; un leve soplo, el vaho del aliento basta para marchitarla. Pureza sin mortificación, no hay que buscarla. Si son pocos los matrimonios felices, es porque son muy raros los matrimonios santos. Son poco cristianos los motivos, son poco loables las disposiciones con que comunmente se abraza un estado tan penoso y tan lleno de peligros de la salvación. Cuando san Pedro llama á los cristianos un pueblo escogido, una nación santa; cuando san Pablo dice que Jesucristo quiso que su Iglesia fuese sin mancha y sin ruga, uno y otro comprendieron en ella á los casados. Asi como la Iglesia está sujeta á Jesucristo, dice el apóstol, asi las mujeres deben estarlo en todas cosas á sus maridos; pero tambien los maridos deben amar á sus mujeres como Jesucristo ama á su Iglesia. ¡Qué bellas comparaciones, qué símiles tan significativos, y qué lecciones, tan vergonzosas para tantos malos casados! ¿Qué quiere decir esa mala inteligencia, esa antipatia de carácter, esa oposicion de genio, esa contrariedad de dictámenes, que engendran la aversion, y tal vez una guerra declarada entre aquellos cuyos corazones debieran estar tan estrechamente unidos? ¿qué significan esos divorcios, esas separaciones tan frecuentes el dia de hoy entre dos personas que juntó el mismo Dios? Y despues de esto, ¿nos admiraremos de las desgracias que inundan las familias? y despues de esto, ¿nos admiraremos de ver tantos hijos mal criados? y despues de esto, ¿nos admiraremos de que sean tantos los que se condenan en el mundo? Ciertamente mas nos debiera admirar si sucediese lo contrario.

El evangelio es del cap. 11 de san Mateo.

In illo tempore, dicebat En aquel tiempo decia Jesus
Jesus ad turbas : A diebus á la muchedumbre : Desde los
Joannis Baptistæ usque nunc, dias de Juan Bautista hasta

regnum cœlorum vim patitur, ahora el reino de los cielos se
et violenti rapiunt illud. Omnes conquista con la fuerza, y es
enim prophetæ, et lex usque presa de los que usan de vio-
ad Joannem prophetaverunt : lencia. Porque todos los pro-
et si vultis recipere, ipse est fetas y la ley hasta Juan han
Elias, qui venturus est. Qui profetizado : y si lo quereis sa-
habet aures audiendi, audiat. ber él es aquel Elías que habia
de venir. El que tenga oido
para entender, entiéndalo.

MEDITACION.

DE LA VIOLENCIA QUE TODOS SE DEBEN HACER PARA
SALVARSE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el Salvador ni exageró ni ponderó mas de lo justo la moral de su Evangelio, cuando aseguró que el reino de los cielos padece fuerza, y que solamente los que usan de violencia le conquistan. Con efecto, las dificultades de la salvacion son reales y efectivas; el camino es muy estrecho, todo está cubierto de enemigos, y casi á cada paso se tropieza con un estorbo. Si fué menester que Jesucristo padeciese para entrar en su gloria, ¿quién puede racionalmente prometerse entrar en ella sin padecer?

¿Qué significan tantas figuras, tantas parábolas, todas tan expresivas, de que se vale el Salvador para hacernos concebir una idea cabal de la dificultad de la salvacion? Unas veces el reino de los cielos es un convite general, á que todo el mundo es convidado sin excepcion de personas; pero á nadie se le admite excusa alguna, ni ocupaciones, ni atenciones, ni diversiones apalabradas. Otras es una guerra sangrienta; y en ella, ¿cuántas batallas se han de presentar, cuántos ataques se han de resistir, cuántos trabajos se han de tolerar para llegar á vencer! Otras es un edificio sólido y macizo, que es menester levantar

á toda costa; otras es un magnífico palacio, cuyo fundamento y piedra angular es el mismo Hijo de Dios. ¡Pero qué gastos, qué fatigas ha de costar el acabarle! ¡qué unidas, qué ajustadas, qué tersas, qué pulidas han de estar todas las piedras que le componen! Si es la dracma perdida, es necesario mover y remover de arriba abajo todos los trastos, todos los muebles de la casa para encontrarla; si es una renta que se ha dado en arriendo, se pide cuenta estrechísima al arrendatario; si es una preciosa margarita, se ha de vender todo lo demás para comprarla; si es una herencia que Jesucristo deja á sus escogidos, no se puede tomar posesion de ella sino por medio de la cruz; en fin, si son las vírgenes que esperan al Esposo, ¡ó buen Dios, qué desvelos, qué vigilancia, qué providencias, qué prevenciones para no hallarse despues desairadas! ¡qué pureza de alma y cuerpo, qué rendimiento de espíritu, qué mortificacion continua de pasiones y de sentidos, qué abnegacion de sí mismo! Esta es la ley, esta es la religion, este es el único camino que lleva al cielo. No solamente no hay salvacion fuera de la religion de Jesucristo; pero tampoco la hay dentro de la misma religion, sino por el camino que el mismo Jesucristo nos dejó señalado. Ahora pregunto: ¿las reglas que sigo, el camino por donde ando, y las máximas que observo, son las de Jesucristo?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que para comprender bien lo mucho que es menester combatir, y lo mucho que necesariamente ha de costar la victoria en punto de salvacion, no hay mas que conocer lo que es nuestra religion, y lo que es el corazon humano. Pero esto harto bien lo sabemos por nuestra propia experiencia. ¡Mas cuándo ha de llegar el tiempo de que discurremos como prudentes y como racionales sobre dos principios tan conocidos!

El negocio de la salvacion es un negocio árduo, espinoso, delicado. ¿Cuánto tiempo dedicamos á este importantísimo negocio? En él todo es peligros, todos lazos; apenas hay abrigo; no hay seguridad alguna; hasta la misma calma es sospechosa. Nosotros mismos somos nuestra mayor tentacion; nuestro propio corazon nos vende, y del fondo de él nacen las mas furiosas tempestades; los malos ejemplos se engruesan en torrentes, la corrupcion general apenas asusta á nadie. ¿Qué se ha de inferir de todo esto, sino que es preciso tener continuamente las armas en la mano, que es menester estarse haciendo una perpetua violencia? ¿pero se hace esta, cuando nada se niega ni á los deseos, ni á los sentidos? El regalo, la molicie, el desenfreno, la licencia de costumbres, nombres desconocidos á los primeros fieles, es lo que reina hoy entre los cristianos; y con todo eso estos cristianos profesan la misma fe, siguen el mismo Evangelio que aquellos primeros fieles.

Ya no se miran las cruces como beneficios, sino como molestas adversidades. ¿Qué vigor tienen el dia de hoy entre los mundanos las indispensables leyes de la penitencia? ¿Reina la pureza de costumbres en todas edades y en todos estados? ¿Qué diligencias se hacen para entrar en el cielo? ¿qué esfuerzos? ¿qué violencia? ¿Qué maravilla seria, ó buen Dios, si con una vida tan contraria á todas vuestras máximas se salvaran los que así viven!

Considera la conducta de todos los santos. Mira cómo vivió en el estado del matrimonio, y entre los peligros de una corte, de un palacio y de una diadema imperial, santa Cunegundis. Si estas grandes almas no siempre son modelos que deban servir á la imitacion de todos, siempre son ejemplos que confunden los vanos pretextos de muchos, y que condenan la indevacion y la delicadeza de la mayor parte de las

gentes del mundo. No hay santo en el cielo, que no se hiciera una continua violencia. ¿Por estas señas podrás tú pronosticar que serás santo?

No permitais, Señor, que haga inútilmente unas reflexiones tan vivas como apretantes. Conozco, comprendo, palpo, que es preciso hacer los últimos esfuerzos para entrar en el cielo, que el camino es poco frecuentado, que la puerta es estrecha; pero aunque fuese menester sacrificarlo todo, aunque fuese menester hacernos todavía mas violencia, confío tanto en los poderosos auxilios de vuestra gracia, que estoy resuelto á hacer cuanto haya que hacer, y sufrir cuanto haya que sufrir para salvarme.

JACULATORIAS.

¡ Quam angusta porta, et arcta via est quæ ducit ad vitam ! Matth. 7.

¿Qué angosta es la puerta, que estrecho es el camino que lleva á la vida eterna!

Confige timore tuo carnes meas, à judiciis enim tuis timui. Salm. 118.

Penetrad, Señor, mi alma, y aun mi cuerpo con vuestro santo temor, para que evite con la penitencia el terrible rigor de vuestro juicio.

PROPOSITOS.

1. Todos confiesan que el negocio de la salvacion es muy dificultoso; y con todo eso todos viven como si fuera muy fácil. Cuesta mucho ir al cielo; ningun santo dejó de caminar por la senda estrecha, ninguno dejó de llevar la cruz, ninguno dejó de mortificar sus pasiones, ninguno dejó de merecer el cielo por la penitencia. Conócese, conviènese en la verdad de todas estas proposiciones; pero, los que pasan la vida en el regalo y en la ociosidad, aquellas personas que se

alimentan de las diversiones, aquellos que á solo el nombre de ayuno, de abstinencia y de mortificacion se asustan y se estremecen; ¿trabajan estos seriamente en el negocio de su salvacion? ¿Trabajas tú mismo con mayor seriedad, cuando vives como viven ellos? Esto es lo que debes examinar hoy, no con exámen especulativo, sino práctico. El camino que lleva á la vida es estrecho; y dime, ¿el qué tu sigues no es muy ancho? ¿Cuántas sofrenadas das á tus inclinaciones? ¿qué resistencias haces á esa vehemente propension á divertirte? ¿cuántas victorias has conseguido de tus pasiones y de tu genio? ¿Sigues con todo rigor la cuaresma? ¿observas religiosamente la abstinencia y el ayuno? ¿ó no es cierto que con los vanos pretextos de delicadeza de complexion, y de falta de salud, trapeas el precepto de la Iglesia? ¿No tienes nada que reformar, ni en la profanidad del traje, ni en la vana ostentacion de tus preciosos muebles, ni en tus diversiones, ni en tus costumbres? ¿no te dejas arrastrar del mal ejemplo? ¿imitas en todo el ejemplo de los buenos, y vives arreglado á las máximas del Evangelio? Ea, déjate de reflexiones superficiales y estériles; no te contentes con decir: ay! este es mi retrato, no hay rasgo en él que no me represente; añade, sin diferirlo un momento: Es menester enmendarme. Hoy he de ayunar rigurosamente; desde ahora me despido para siempre de tales juegos, de tales fiestas, de tales visitas, de tales cortejos, de tales diversiones; acabáronse ya para mi tales y tales concurrencias; y desde este mismo momento quiero entablar una vida regular y cristiana.

2. Pero no basta evitar lo malo; es menester que no dejes pasar el dia sin hacer alguna obra buena. Pocas mujeres habrá en el mundo que no tengan mucho que reformar en sus adornos; pocos de estos hay donde no se encuentren cosas superfluas. Reparte